

INTROMISIÓN DE OCCIDENTE EN EL MUNDO ÁRABE E ISLÁMICO

Pedro Martínez Montávez

Catedrático del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales de la Universidad Autónoma de Madrid

Ponencia transcrita

En ocasiones como ésta suelo comenzar leyendo un texto de un excelente escritor y gran testigo del siglo XX, que fue el portugués Miguel Torga. Miguel Torga en su diario de 14 de septiembre de 1953 escribía lo siguiente: “Estas dos bofetadas que un policía francés acaba de dar delante de mí a un vagabundo nativo le han de costar caras a Francia. Me ha parecido ver, incluso, que el cielo de Argelia se abría ligeramente y que Mahoma tomaba nota en su bloc de represalias. Este cartesianismo europeo no se convence de que cualquier forma de colonialismo es inmoral aunque sea la más progresiva a nivel material y la más codificada a nivel social. No se convence de que a la universal y tentacular presencia civilizadora del cristianismo le falta siempre una de las dos partes del diálogo: la opinión del indígena”. (...) “En la voz salmodiada de los viejos almoaicines que baja de los minaretes y resuena multiplicada y rejuvenecida en las gargantas adolescentes en el silencio de una kasbah en que el alma del forastero penetra como un cuchillo en la manteca, en el bullicio de unos mercados que la miseria circunda con un alo de mitin político, el suspicaz espíritu occidental se sorprende ante la fuerza incoercible de una religión a la que no podemos oponer nada auténtico y ante el odio de una voluntad humana que nunca se aceptó doblegada. Pero más poderosa que los mecanismos de represión, que las seducciones de un progreso que atropella la esencia de las cosas, es la obstinación del versículo que se estampa en sus ojos después de haber sido una caricia en sus labios y un friso caligráfico en sus mezquitas. Y mayor fuerza tiene aún la libertad, el gusto de ser libres ante el mismo Dios”.

Es un precioso, impresionante, párrafo de Miguel Torga. Me interesa poner de relieve, básicamente, los siguientes aspectos: Torga, como digo, escribe ese apunte en el año 1953, es decir, cuando Argelia llevaba ya 120 años de presencia colonial europea, concretamente francesa, y algo más que presencia colonial. Y digo este dato para que se tenga en cuenta y se recuerde que la expansión colonial, el colonialismo occidental en ese mundo alargado, rectangular, que llamamos, por llamar de alguna manera, mundo árabe-islámico, es algo que empezó hace mucho tiempo. En distintos años, en distintos períodos, en cada una de esas partes, pero es algo que empezó hace mucho tiempo. Faltaban trece años para que Argelia se independizara, pero llevaba ya 120 de sometimiento colonial. Segundo punto que me interesa recordar aquí, en este párrafo que he leído, es que entre las motivaciones se ve claramente una: el factor religioso. El factor religioso es el que impera, es el predominante. No se ve tanto y es una pena que Torga se hiciera eco también al mismo nivel y de manera similar a ese factor religioso, del factor nacionalista, del factor político. Y lo digo porque habitualmente en la mayor parte de los analistas occidentales de estos temas referidos a cualquier parte del mundo árabe han tenido unos ojos más abiertos para detectar la presencia de la religión y unos ojos menos abiertos para detectar la presencia de las políticas nacionales. Esto como dato genérico para lo que es la interpretación occidental o la visión occidental de ese mundo, en sus visiones o interpretaciones y desde un principio, no sólo desde hace 15 o 20 años detectan, ven, se fijan en

el dato religioso bastante más que en el dato político y, concretamente, en el dato político-nacional. O nacional, reducido a cada uno de esos países, o nacional global, es decir, el panarabismo. Y el tercer dato que me interesa que quede muy claro desde un principio, a partir de ese texto que he leído de Torga, es que revisando panorámicamente la historia contemporánea, las relaciones entre eso que llamamos Occidente y eso que llamamos Oriente o mundo árabe-islámico, hay una cosa concreta y clara, indiscutible e innegable, en época contemporánea, naturalmente que en épocas anteriores se pudo plantear de otra forma, pero en época contemporánea la relación está muy clara, hay un elemento agresor, básicamente, que es el Occidente y un elemento agredido que es el mundo árabe-islámico. En época contemporánea, insisto, los papeles están claramente repartidos. El Occidente es el elemento agresor y el elemento agredido, sin más calificativos de momento, es el mundo árabe-islámico.

Hablar, por tanto, de las relaciones entre el Occidente y el mundo árabe-islámico y desde hace bastante más de 80 años. 80 años es una fecha clave. Después veremos porqué, pero desde hace más de 80 años que empezó la relación, es hablar sencillamente del colonialismo occidental. Yo sé que en la actualidad y desde hace algún tiempo se tratan de evitar algunas palabras, se tratan de evitar algunos términos. Igual que ya no se habla tanto como hace unos años se decía del tercer mundo, ahora se habla mucho menos del colonialismo, también. Es un término que no gusta utilizar y no gusta escuchar. Y yo no lo utilizo con ninguna connotación, lo utilizo únicamente para situarlo históricamente. Y prefiero decir colonialismo occidental a no utilizar otras expresiones que, bueno, se utilizan con diferente criterio, que en principio son parecidas, similares, pero no son sinónimas. Expresiones como expansión o expresiones como control. Yo prefiero llamar a las cosas por su nombre y hablar, sencillamente, insisto, de colonialismo. Si ustedes recuerdan, el término control, por ejemplo, es un término que utiliza y le gusta bastante utilizar a un politólogo tan conocido, tan preclaro, tan insigne como el señor Samuel Huntington, el autor de la idea del *choque de las civilizaciones*. Él habla habitualmente en términos de control occidental en esas partes del mundo. Insisto, yo particularmente, prefiero hablar de colonialismo, sin ninguna intención ni connotación, en principio. Éste es un fenómeno históricamente ya bastante conocido, bastante caracterizado. Está tan caracterizado y es tan, digamos, conocido, al menos en sus líneas fundamentales y predominantes, que hasta se puede hacer una periodización de él, una sucesión, en distintas etapas que brevemente, para trazar una panorámica general, sería la primera etapa hasta finales del siglo XIX, aproximadamente, desde comienzos del siglo XIX hasta finales del siglo XIX. La segunda etapa sería desde finales del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. La tercera etapa sería la época de entreguerras y a horcajadas entre la segunda etapa hasta el final de la primera guerra mundial. Y en esta tercera etapa de entreguerras está el año 1917, la declaración Balfour, los acuerdos Sykes-Picot. Todo el meollo del problema. La cuarta etapa sería desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el año 1967, 1947, 1948, creación del Estado de Israel, primero la votación en las Naciones Unidas, 1947, 1948 la creación del Estado de Israel y 1967, como saben ustedes, la Guerra de los Seis Días. La mayoría de los historiadores árabes contemporáneos, que por cierto son muy poco leídos, la mayoría de las cosas que se dicen sobre el mundo árabe actual no proceden precisamente de la consulta de autores árabes, autores árabes que escriban en árabe, quiero decir, que son prácticamente desconocidos y al menos merecen ser tan conocidos como los otros. No digo que sean mejores ni peores, digo que al menos, en principio, merecen ser tan conocidos como los otros. Entre ellos circula desde hace tiempo una idea que viene a decir, poco más o menos, que si la guerra de 1948 significó la liquidación de la ideología liberal en el mundo árabe, en la política árabe. la guerra de 1967 supuso la liquidación de la ideología socialista, más o menos panarabista. El período siguiente, sería el de 1967 a 1990-91, que es otro bienio clave y el último período desde el 1990-91 hasta ahora, posiblemente, no sé si se está abriendo una

nueva etapa en todo este proceso histórico y empieza, como les digo, en 1990-91 con los sucesos de la Guerra del Golfo, que deja abierto el panorama a todo lo que viene después.

Esto es una caracterización, en principio es fundamentalmente cronológica. La cronología sirve para fijarnos unos jalones pero es una caracterización más bien superficial, más bien externa. Abundando un poquito más, tratando de entrar un poco más en caracterizaciones que traten de penetrar a partir de la superficie y viendo fundamentalmente el tema a partir de allá, es decir a partir del mundo árabe-islámico, pues habría que añadir otras cosas, habría que añadir ese hecho de la expansión colonial, del colonialismo occidental en el mundo árabe-islámico, este mundo árabe-islámico sobre el cual perfectamente igual que lo nombro en singular, mundo árabe-islámico, lo podría nombrar en plural, mundos árabes-islámicos, pues a lo largo de ese acontecimiento, ese mundo árabe-islámico o esos mundos árabes-islámicos, no conoce sólo al Occidente, conoce a varios Occidentes, conoce distintas variantes de Occidente, cosa que habitualmente no se tiene en cuenta y se olvida. Pero el colonialismo, entre otras cosas, al mundo árabe occidental, al mundo árabe-islámico le permite conocer, en principio, tanto cualitativa como cuantitativamente en la misma manera, lo que podríamos llamar el Occidente a lo anglosajón, Gran Bretaña, el Reino Unido, el Occidente a lo latino, es decir, Francia. Son las dos grandes potencias occidentales que llevan adelante la empresa colonial. Eso es cierto.

El conocimiento que tiene el mundo árabe islámico del Occidente no es sólo del Occidente en bloque, de un conjunto, una totalidad, sino de los varios Occidentes que participan en la acción colonial, y no quiero entrar aquí en una pormenorización, en un detalle de las políticas coloniales o colonialistas de cada una de estas dos grandes potencias occidentales pero sí simplemente indicar una cosa, y de eso quedó buena conciencia en el mundo que lo recibía, en el mundo árabe islámico, y es que la penetración, la expansión colonial, el colonialismo entendido a la anglosajona, hacía hincapié básicamente en lo que podríamos llamar las acciones económicas y políticas, y el colonialismo entendido a la latina, y preferentemente a la francesa, hace hincapié también, y de una manera relevante en muchas ocasiones, en lo que podríamos llamar la política cultural. Si uno compara por ejemplo la trayectoria histórica de un país como Egipto, moldeado colonialmente por la Gran Bretaña, y un país como Argelia, moldeado colonialmente por Francia, ve la enorme diferencia que en el hecho colonial se produjo entre la potencia británica y la potencia francesa y eso fue percibido, precisamente, muy apropiadamente por los que recibían la acción colonial.

Junto a eso, el mundo árabe-islámico en esa versión, en ese conocimiento variado que va teniendo de los diversos Occidentes coloniales, conoce, tiene acceso también a otras versiones incomparablemente menos desarrolladas que las anteriores, mucho menos importantes, pero que en ciertas partes de ese mundo tuvieron un gran impacto. La italiana, por ejemplo, de la que habitualmente no se habla. En su conjunto la acción colonial italiana, no es en modo alguno comparable a la británica, a la inglesa, ni comparable a la francesa, pero en algunas circunstancias precisas, en algunos momentos, en algunas situaciones, en algunas exportaciones ideológicas, de algunas ideologías claro, la fascista, por ejemplo, la acción colonial italiana fue importante. Y menor, bajando en el escalón, pero presente también, la española, de la que habitualmente tampoco se recuerda nada pero fue conocida de ese mundo, también es recibida, mucho más localizada, mucho menos ambiciosa, jurídicamente, menos elaborada y menos establecida. Bastante dependiente en la mayor parte de sus actuaciones de la francesa, como una especie de delegada de la acción colonial francesa, pero estuvo presente allí.

Esto ya empieza a introducirnos un poco más en los problemas que el colonialismo occidental plantea. Hasta ahora habrán observado una cosa: que en lo que he dicho de la expansión

colonial no he mencionado los Estados Unidos de América porque, evidentemente, la acción colonial de los Estados Unidos de América no fue colonial en términos puros y estrictos. Y porque se produjo, comenzó en un momento bastante posterior. La penetración, la presencia incrementada y cada vez más imperativa y determinante de los Estados Unidos en la acción colonial, en la penetración, en la intromisión occidental en el mundo árabe-islámico es reciente, en términos históricos. Quiero decir que no la situemos más allá de los finales de la década de los 40 del siglo XX. Hasta ese momento, USA en el mundo árabe-islámico ha tenido, ha cultivado su tradición anticolonial. Los Estados Unidos, durante bastante tiempo, han participado activando los movimientos de liberación nacional en muchas partes del mundo. Durante muchos años los Estados Unidos fueron el ejemplo más cumplido y más cabal anticolonialista. Todo eso cambió a partir de finales de la década de los 40, en que Gran Bretaña traspasa la mayor parte de sus empresas y de sus propósitos coloniales a los Estados Unidos de América. Y a partir de ese momento, los Estados Unidos de América, frente al indígena árabe, del mundo árabe-islámico, va lentamente transformándose de campeón del anticolonialismo en campeón del colonialismo o del neocolonialismo. Desde 1967 y, posteriormente, desde 1990-91, prácticamente, para un habitante o la mayoría de los habitantes de ese mundo, el colonialismo, no oficialmente formulado, planteado de manera distinta a cómo se había realizado el colonialismo histórico, el colonialismo tiene un nombre: los Estados Unidos. Pero vuelvo a repetir que esto es reciente y se va incrementando por una cosa clarísima; a parte de cualquier otro calificativo que se quiera utilizar, lo que sí se puede decir es que la política de expansión norteamericana, estadounidense, en ese mundo es cada vez más unilateral, cada vez más hegemónica.

Evidentemente, no me olvido de algunas otras potencias, y precisamente la potencia que durante algún tiempo trató de ser, sin conseguirlo, rival internacional de los Estados Unidos, fue la Unión Soviética, buscó sistemas de expansión por ese mundo, pero sistemas que no pueden ni deben ser etiquetados de colonialistas ni de neocolonialistas, de expansión sí, pero al margen, como digo, del tema que yo me estoy refiriendo por imperativos de lo que tenemos que ver aquí. ¿Qué problemas fundamentales y, sobre todo de corte y de dimensión y de alcance político trajo la intromisión de Occidente, la práctica colonialista de Occidente en el mundo árabe-islámico? He pensado mucho en hacer una selección de las 4 o 5 cuestiones fundamentales. No es fácil, ni mucho menos, porque son muchos los problemas que se derivaron. Desde un principio he tratado de referirme a cuestiones de orden fundamentalmente político. Problemas importantes y que, además, de una u otra manera, afectarán a todos los países englobados en ese mundo árabe-islámico, las que generalmente, genéricamente, afectan a todos, aunque sea en proporción varia.

Finalmente me he decidido por mencionar las siguientes predominantes: la intromisión de Occidente, la expansión colonial de Occidente, lo que provoca, entre otras muchas cosas, es enormes disputas fronterizas. No digo con esto que las fronteras, o algo parecido a fronteras existieran antes, sí existían en ese mundo, efectivamente, pero no fronteras entendidas en la forma en que la política que los estados nacionales han planteado el tema de las fronteras. Cualquiera que conozca un poco el mundo árabe-islámico sabe que es difícil trazar límites a los desiertos. El mundo árabe no se compone sólo de desierto, pero sí de una buena parte de desierto. Es difícil establecer límites en fronteras entre entidades geográficamente iguales, no existen las diferencias geográficas. Lo que se plantea con la intromisión del colonialismo son las disputas fronterizas políticas. Nosotros, desde el pequeño rincón en que siempre miramos ese mundo parece que poquito a poco se va agrandando un poco y ya que Dios y Alá, dichos en riguroso orden cronológico, traten de hacer que se vaya agrandando nuestro conocimiento de ese mundo, desde este pequeño rincón en donde habitualmente estamos, hemos tenido, de vez

en cuando, noticias de querellas fronterizas, entre lo más próximo, entre Marruecos y Argelia, por ejemplo. Pero ese tema se plantea en todas las otras partes del mundo árabe: disputas fronterizas entre Egipto y Sudán, disputas fronterizas entre Arabia Saudita y Yemen, disputas fronterizas entre los Emiratos Árabes Unidos y Omán, disputas fronterizas entre Siria y Líbano. Si surge algún estado palestino en el futuro, y digo estado o estado y no estado, pero, si surge algún estado palestino, cosa que puede resultar previsible a pesar de las enormes dificultades, quizá pueda nacer aquejado de un problema de disputa fronteriza. Éste es un tema fundamental que se deriva de la expansión colonial, clarísimo; el tema de las disputas fronterizas.

Otro tema que surge, otra cuestión política fundamental en la configuración del mundo árabe contemporáneo que surge del colonialismo occidental es la constitución del estado regional, del estado-nación. Es un mosaico. Si se repasa, si se reconstruye ese mapa, se verá que es un mosaico de estados-naciones de todo tipo, de naturaleza muy distinta en su extensión, en su composición social, en su régimen de gobierno, de naturaleza muy distinta en su proyección al futuro y en sus capacidades económicas. En un espacio grande, evidentemente, pero visto en la extensión total del mundo, no tan grande, hay estados de todos los tipos, de todas las clases y de todas las composiciones. Si hay un mundo balcanizado, aparte de los Balcanes, que por eso se utiliza el término, ése es justamente el mundo árabe. Y esa balcanización surge fundamentalmente a partir de la empresa colonial. Sin necesidad de introducir ningún calificativo de otro rango ni de otra categoría. El mundo árabe contemporáneo es, básicamente, una criatura de la colonización, de la colonización occidental que impone la fórmula del estado regional, del estado-nación, de composiciones y naturalezas distintas. Ahí tiene cabida, en el mismo espacio geográfico, prácticamente, un "gigante" como la Arabia Saudita y un "enano", estoy hablando en términos naturalmente cuantitativos, como Biafra, por ejemplo. ¿Esto qué plantea?

Tercera cuestión. El mundo árabe se configura, a lo largo de toda esta expansión colonial e intromisión occidental, como una combinación imposible de mantener, totalmente inestable siempre, en posibilidad de movilización y de hostilidad interna entre dos tendencias básicas: la tendencia a la unidad y la tendencia a la fragmentación. Y esas dos tendencias están actuando política e ideológicamente en el mundo árabe contemporáneo desde un principio hasta ahora y seguirán haciéndolo. Las etapas se diferenciarán unas de otras, los proyectos tendrán matices diferentes también, pero hay presente desde un principio una vocación unitaria y una vocación fragmentadora. Una vocación panarábiga, unas vocaciones nacionalistas locales, presentes siempre. Algunos ejemplos han sido más conocidos que otros, es evidente. No hay comparación entre lo que podemos llamar el proyecto nasserista, que es seguramente el proyecto con vocación unitaria más importante, al menos en su voluntad, no en sus realizaciones concretas que ha pasado, con el proyecto anterior, inmediatamente después de la primera Guerra Mundial, de reconstitución del gran reino árabe, del gran imperio árabe. Hay diferencias notables, evidentemente, entre unas ejemplificaciones y otras concretas. Pero los puntos de partida, las vocaciones fundamentales, los propósitos últimos, las formas de configurar ese mundo son básicamente dos: o una tendencia unitaria o tendencias unitarias o tendencias fragmentadoras. Ambas son lo que podríamos decir opciones, propuestas, vocaciones extremas, radicales. O el todo o las muchas nada. Y al decir esto quiero decir que lo que justamente no van haciendo, lo que justamente no se va produciendo, son las tendencias que llamaría tendencias intermediadoras o tendencias intermediarias. Esas tendencias intermediarias podrían ser, por ejemplo, las que dijeran: la unidad total es irrealizable, la fragmentación total es absolutamente perjudicial para todos nosotros, para unos más y para otros menos, pero en conjunto para todos, vamos a tratar de producir fórmulas intermedias, fórmulas como los bloques, la constitución en bloques. Renunciamos a la unidad total por imposible, absolutamente imposible, es una utopía,

es inalcanzable. No tenemos los elementos, los posibles elementos de convergencia que actúan en el mundo árabe son básicamente factores espirituales. Los factores materiales no propician la convergencia sino la divergencia. Entonces vamos a ir, como digo, a las formas intermedias, vías de renuncia a la unidad total, vías de renuncia o moderación, en la medida de lo posible de las fragmentaciones regionales o nacionales que, a su vez, pueden subfragmentarse todavía más. El camino de la fragmentación es, en última instancia, infinito. Y vamos a tratar de buscar fórmulas de bloques. Esas fórmulas de bloques serían buscar la constitución de unidades o semiunidades políticas en territorios próximos, relacionados y con mayor capacidad de actuación conjunta, llámese el Magreb, por ejemplo, o llámese la península Arábiga, o llámese el Creciente Fértil, o llámese el Valle del Nilo. Dejando al margen cualquier otra cosa, lo que vemos claramente es que todas estas disputas, todas estas cuestiones son consecuencia clara de la presencia colonial, no únicamente de la presencia colonial, pero sí básicamente de la presencia colonial y de la falta de respuesta adecuada de los propios países árabes, de las colectividades árabes y en última instancia de los regímenes árabes. Esas soluciones intermedias son las que no se han producido nunca y cuando se han producido no se han producido realmente, son o pseudosoluciones o son remedos de solución o son pamplinas y perdonen por la expresión. Es decir, proyectos que no han alcanzado realización y que muy difícilmente la podrán alcanzar, proyectos en constante debate, en constante discusión, discusión retórica, nunca realización práctica. Ahí está la llamada Unión del Magreb Árabe, que como dice un intelectual marroquí, es el único tren que está parado en la estación, que tiene su motor encendido, las ruedas giran y no se mueve, frase, insisto, de un escritor marroquí o, por ejemplo, el Consejo de Cooperación del Golfo, que hace no sé cuántos años que se inventó, que se hizo como mecanismo defensivo, nada más, para proporcionar la seguridad a la zona y que no ha tenido ninguna realización política ni económica importante todavía.

Esa fórmula de las, digamos, las unidades parciales o de la política de bloques, esas son las que no se han llevado nunca de una manera decidida con vocación política de realización. No digo que sean mejores ni peores, lo que sé, sencillamente, es que a partir de la pregunta que me he planteado, ¿cuáles son las consecuencias de la intromisión de Occidente y la expansión colonial en la zona, cuáles son las principales cuestiones políticas que se han suscitado? tenemos un mundo que tiene que renunciar a la unidad, porque la unidad parece imposible, que debe controlar la fragmentación porque la fragmentación es imparable. La fragmentación actual, el proceso parcial de fragmentación actual, sigue estando presente en algunos países árabes, sigue siendo un riesgo para el futuro inmediato. Falta de vocación o falta de decisión para abordar soluciones intermedias y ya, por renunciar, falta de lo que podríamos llamar, al menos una política de coordinación. Una política de coordinación interárabe. Yo no sé si ustedes se han planteado en algunos momentos esto, pero es un mundo enorme que, sin embargo, carece de instituciones interárabes. No hay instituciones interárabes. Bueno alguna sí que hay, insisto, la Unión del Magreb Árabe, a que me he referido, el Consejo de Cooperación del Golfo, a que me he referido... algunas que son un producto más o menos de imaginación exaltada de algunos como la Unión de Universidades Árabes, por ejemplo, la Liga de Estados Árabes. La Liga de Estados Árabes no tiene la menor capacidad ejecutiva, es un lugar de consulta. Como diría alguno de esos grandes amigos que hay en Occidente de la OTAN, es un club. Yo no me cuento entre los amigos de la OTAN, que quede claro. Pero, en fin, es un club, es un club a lo árabe. Entonces falta la coordinación también y todos esos derivados de la intromisión colonial, de la intromisión occidental, de la expansión colonial, tienen un ejemplo extraordinariamente significativo, ilustrativo y representativo: Israel. La mejor ejemplificación de todas esas consecuencias de la intromisión de Occidente, de la expansión colonial occidental, es la creación del estado de Israel. No solamente del estado de Israel, sino el mantenimiento del estado de Israel. Ahí se resume prácticamente todo. Yo quería leerles también un texto refiriéndome a esto

de las consecuencias de la expansión colonial, de un pensador palestino, en el exilio. Vive en Estados Unidos hace bastantes años también, que es Hisham Sharabi que dice así: “La independencia, entre comillas, política, no se expresó en la unidad árabe, objetivo de generaciones de nacionalistas árabes sino en la multiplicidad de soberanías separadas y antagónicas. El tipo y frontera de casi todos los estados árabes fueron trazados por los poderes europeos de acuerdo unos con otros. La estructura interna de cada estado: la burocracia, la judicatura, la policía, el ejército... fue por iniciativa de Europa. Igualmente importante fue el influjo europeo en la educación y la cultura, desde el jardín de infancia hasta la universidad. La educación seguía patrones europeos. Se copiaban de Europa y luego de América, pensamiento, cultura, estilos de vida y consumo. Incluso allá donde Europa era incapaz de imponer directamente su voluntad, como en algunas zonas de la península arábiga se sentía plenamente su influencia y su fuerza”.

En referencia a Israel, digo que es el ejemplo más adecuado, es el cuño perfecto. No me voy a extender mucho, nada prácticamente, pero sí les quiero decir alguna cosa. Es curioso cuando uno repasa los textos antiguos recordar unas frases que un extraordinario político catalán, Francesc Cambó, escribió me parece que fue en el año 1930 o 1931. Cambó decía: “No creo, como creen algunos, que la prosperidad, con mucho de artificio, de las brillantes colonias sionistas sea el preludio de una nueva nación judía en Palestina. No creo en la nueva nación judía porque creo que aquella conjunción de una raza y un territorio que produce una nación nunca ha existido entre judíos. Israel ha sido siempre un pueblo, una raza, nunca, ni en sus momentos de esplendor máximo, una nación”. Bueno, desde luego, don Francisco Cambó fue un extraordinario político pero parece que dotes de pronosticador no tenía, y evidentemente ahí se equivocó. Pero quería traer la cita de Cambó, entre otras cosas, para que se viera que había pensadores y políticos en aquellos años que no estaban tan deslumbrados, como parecía que era lo general, por el fenómeno de la expansión sionista en Palestina. Dejando a parte todo esto, Israel es un hecho colonial, ya lo dijo claramente el señor Robertson hace unos cuantos años. Y el señor Robertson precisamente no era un patrocinador infatigable de las tesis arabófilas, ni muchísimo menos, pero sí era un pensador honesto. Es un hecho colonial, aparte de otras muchas cosas, es la criatura más mimada por Occidente desde un principio. Y como surge a finales de los 40 es la criatura más mimada por los Estados Unidos de América, es decir, a partir del momento en que los Estados Unidos de América empiezan a hacer su política paracolonia en la zona. Todo esto es coherente, es una tragedia, sin duda, es una iniquidad, seguramente, pero es coherente también. A partir de ese momento Israel centra en el mundo árabe la mayoría de los defectos, de los ataques, de las hostilidades, de las humillaciones que había recibido de Occidente. Y como Israel no se ha parado tampoco, no ha pensado tampoco en fórmulas asequibles para solucionar esa relación, a pesar de lo que viene ocurriendo desde hace diez años, pues la situación es como es. Quiere decir que Israel es la conclusión, la aportación fundamental de toda esa expansión colonial occidental y de toda esa intromisión de Occidente en el mundo árabe-islámico. Si repasan el mapa de la zona, verán que el mundo árabe-islámico de la zona es un continuo desde el Atlántico hasta Mesopotamia, me estoy refiriendo al mundo árabe no al mundo islámico, es un continuo territorial, no hay soluciones de continuidad, excepto una: Israel. La única solución de continuidad que tiene el mundo árabe es Israel. No me refiero a otras circunstancias más bien de “pespunte” como pueden ser las ciudades de Ceuta y Melilla. Pero, en fin, la única solución de continuidad del mundo árabe es Israel. Entonces no es un tema baladí, no es un hecho sin importancia, es el hecho fundamental, y es el hecho fundamental porque va mucho más allá de lo material, que es importante, entra en el terreno de lo simbólico, entra de lleno en el terreno de lo religioso. Jerusalén es tan santa para los musulmanes, para la inmensa mayoría de los árabes, como Medina y La Meca, es el tercer santuario del Islam. Su nombre en árabe lo dice Al-Quds, la santidad, es como se llama en árabe Jerusalén. E Israel es

la presencia constante de la humillación permanente durante años y años y años. Muy recientemente un intelectual jordano, muerto hace una semana, Munis Al-Razzaz, escribió esto hace no más de diez o quince días: “La nación árabe no es hostil a Israel, no es hostil a Israel por motivos económicos, ni lo combate por un yacimiento de petróleo, ni le opone resistencia por ganar un litigio profronterizo. Se le enfrenta en una batalla de amor propio y dignidad, porque la ocupación es la forma más repugnante de dañar la identidad nacional, que se levanta en origen sobre el orgullo y la dignidad. Y esto es lo que diferencia el ser humano de las otras criaturas, además de la raza”. Por todo eso la nación árabe, como dice, es hostil a Israel.

He trazado este panorama de aproximación rápido, como no podía ser de otra manera, tratando de referirme al conjunto, no a una de sus partes. Sé que esto no se suele hacer en España, las panorámicas, las exposiciones que se hacen del mundo árabe nunca son generales, son parciales. Cuando alguien habla del mundo árabe habla de una parte del mundo árabe. Claro, lo hace así porque es lo fácil, porque, como he dicho antes, lo difícil dentro del espacio árabe es buscar lo interárabe, precisamente, no lo marginal, no lo local. Eso es muy fácil. Naturalmente, pues, uno se va a lo fácil. Yo no lo recrimino, no lo reprocho, pero sí es mi deber indicarlo. Yo he intentado tratar el conjunto, señalando, cuando me parecía oportuno, algunos hechos concretos.

Ahora, en los pocos minutos que me quedan, les voy a leer algunos fragmentos traducidos de algunos pensadores árabes, que, vuelvo a repetir, no se les conoce. Les aseguro que para un arabista profesional como soy yo es motivo de irritación en muchas ocasiones contemplar que una y otra vez el 99% de lo que se dice en España sobre ese mundo no procede directamente de aquello que se escribe en esa lengua, sino que tiene otros caminos, que no digo que no sean buenos, que no deban conocerse, de acuerdo, pero lo que es intolerable es que todo lo que está escrito en esa lengua precisamente sea desconocido, se rechace. ¿Por qué? Ya sé que desde el año 88 se conoce a Amin Maalouf. Claro, se le concedió el Nobel y se le conoce. ¿Pero a quién más se conoce que no haya sido conocido a partir de la vehiculación en otra lengua, francés o inglés? Y no tengo nada en contra de ello, me parece muy bien, ¿qué otras figuras importantes del pensamiento árabe se conocen? Prácticamente ninguna. Voy a permitirme leerles algunos fragmentos. Supongo que les brindarán algunos aspectos, algunas facetas menos conocidas, o casi completamente desconocidas de lo que, ya no en la política, sino en el pensamiento, en la cultura árabe contemporáneos supuso, desde hace mucho tiempo, este impacto de Occidente, esta recepción de Occidente, esta intromisión del Occidente, esta expansión colonial occidental.

Hace ya unos cuantos años que un destacado pensador sirio, Al-Kayyali, decía esto, de lo que Oriente debía a Occidente: “Aprendimos de Occidente el tendido de las líneas férreas, a abrir túneles y construir puentes, carreteras, puertos, diques y faros. A excavar pozos artesanos, a alzar casa de muchos pisos, a producir electricidad y a tender sus cables, a alumbrar con ella ciudades y aldeas. La circulación de vehículos públicos por las urbes y sus suburbios. A instalar el nuevo correo. La telegrafía y el teléfono, sin hilos, submarino y por radio. La organización de las ciudades y los ayuntamientos, a abrir calles y plazas. A pavimentar los caminos y superar las cuestas. A llevar las aguas limpias por canalizaciones y fuentes. A desecar las zonas pantanosas. A aligerar las epidemias de enfermedades oculares que dejaban ciegas a muchas gentes. Tomamos prestadas las bases del ejército, el sistema de buques de vapor, el establecimiento de negociados, el método de recaudación y de aduanas”. ¿Fue poco generoso este pensador sirio cuando dijo y detalló lo que Oriente había aprendido de Occidente? ¿Escatimó en el elogio? ¿Escatimó en la exaltación del Occidente y de la acción cultural y social de Occidente en aquel mundo? No, ¿verdad? Casi nunca se dice.

Veamos lo que dijo otro intelectual, en este caso un iraquí, Semir: “El impacto de la civilización occidental fue irresistible y ésta se infiltró con rapidez en todos los dominios de la vida y del pensamiento. Entre quienes aclamaban todo lo que venía de Europa y quienes lo rechazaban unilateralmente, se intercaló una tendencia moderada dispuesta a llevar a cabo un compromiso basado en una fórmula de vida y de pensamiento que salvaguardara la esencia y el espíritu del Islam, asimilando también los elementos occidentales que se consideraran favorables y útiles. Discusiones interminables suscitaban por problemas tan variados como el matrimonio con mujeres europeas, la poligamia, la prostitución, la música moderna, las modas europeas y la educación mixta”.

Mucho más reciente a nosotros, qué dice sobre el impacto del Occidente uno de los más grandes pensadores, aparte de los más grandes poetas árabes actuales, el sirio-libanés Adonis, digo sirio-libanés porque nació propiamente en Siria, se nacionalizó libanés, posteriormente toda su vida la ha pasado en Occidente, viviendo entre Francia y Suiza. Fue representante en la UNESCO de la Liga de Estados Árabes y es una de las máximas figuras intelectuales del mundo árabe actual y denuncia...y este hombre, que es amante de Occidente, este hombre que ha bebido toda la cultura occidental, este hombre que está profundamente occidentalizado, dice: “¿Por qué los escritores occidentales no se han solidarizado con sus cofrades árabes para testimoniar a favor del ideal humanitario por una defensa de los derechos del hombre árabe, en general, que carece hasta, casi, de los derechos más elementales? ¿Por qué en lugar de ayudarlos a desarrollar su potencial económico y cultural han aprobado la exportación de las armas más sofisticadas en regiones asoladas? Parece que la conciencia occidental apenas se propone ayudar a los árabes a adquirir la ciencia, el conocimiento y la libertad, sino sólo bombas, carros de combate y aviones”. Y, como digo, este hombre es un enamorado de Occidente.

Quiero terminar con unas referencias al tema que seguramente enfrenta de una manera más radical al mundo árabe-islámico con el mundo occidental en estos momentos; el terrorismo. Y al respecto, solamente quiero leer dos textos y recordar uno que han tenido muy poca vehiculación.

Muy poco después de producirse los hechos del 11 de septiembre, ésos que según muchos van a cambiar el mundo, yo no sé si lo van a cambiar para mal, para peor, vamos, o para bien, uno de los primeros manifiestos públicos que apareció en el mundo y concretamente en el mundo árabe fue el manifiesto firmado por un gran poeta palestino Mahmoud Darwish, con seis o siete nombres más de intelectuales palestinos, entre los cuales estaba el nombre de la señora Hanan Ashrawi, que exactamente decía que el terrorismo no tiene ninguna justificación. Esto lo dijo un poeta palestino, un poeta palestino en la resistencia, avalado, como digo además, con la firma acompañada de seis o siete intelectuales palestinos también. Y esa fue una postura clara. Me parece que en la prensa española sólo se sacó en un periódico de dimensión nacional, creo recordar, no sé si me equivoco. Pero al mismo tiempo que eso, esa postura es clarísima, hay otras como la que voy a leer de un intelectual tunecino, Ahmed Kadidi. Es un poeta, también novelista, que dice lo siguiente: “Estamos contra el terrorismo que golpeó las dos torres, que es un terrorismo ciego porque mató a millares de inocentes, pero no estamos dispuestos a convertirnos en un apéndice de la actual política de América, que es una política de rabia y de venganza. Una reacción no estudiada, dispuesta a meter a los árabes en una aventura contra resistentes legítimos a la ocupación israelí en Palestina, contra resistentes a la ocupación india en Cachemira, contra resistentes a la ocupación rusa en Chechenia, contra resistentes a la ocupación sionista en el sur del Líbano. ¿Cómo explicar esta extraña coincidencia que hace que sean musulmanes todos aquéllos que son objetivo de la guerra americana, en nombre de la guerra contra el terrorismo cuyas víctimas y cautivos somos nosotros mismos, sin quererlo”.

Y frente a esto hay una postura clara, con esas dos visiones, con esas dos indicaciones que he marcado está también lo que piensa Adonis, ese otro pensador a quien me he referido. Pero ¿podemos combatir todo esto? ¿podemos estar enfrente de todo esto? Adonis, entre otras muchas cosas, dice lo siguiente: “Los estados árabes e islámicos, implícita o explícitamente, dieron a los Estados Unidos el liderazgo absoluto sobre el mundo moderno. A su liderazgo económico y político se añade el liderazgo en la fijación de valores: la libertad, la justicia, el derecho, la resistencia, la violencia, el terrorismo, etc., etc. Así, estos estados permitieron que los Estados Unidos se comportaran en el marco del mundo árabe como los guardianes de la justicia, de la verdad, de la libertad, de todos los valores en el mundo de hoy. Como si su ejército estuviera para velar por esos valores, y quien no está con ellos está contra ellos”. O, como añade en otro fragmento Adonis: “En épocas modernas, los árabes y los musulmanes, civilizadamente, son una parte del Occidente. Están en la situación del consumidor, no del productor. A la fuerza están en la situación del dependiente. Civilizadamente, no poseen, hoy, nada para desafiar a Occidente, para combatirlo”. Yo no suscribo estas palabras por entero de Adonis, ni mucho menos, pero sí pienso que, en gran medida, responden a buena parte de la situación y a buena parte de algo que no se conoce y de lo que no se habla. Y es un sentimiento y una tendencia de profunda autocrítica colectiva e individual existente en ese mundo, autocrítica que se ha forjado también a partir, como digo del choque con Occidente.

No quiero terminar ni de una manera optimista, ni de una manera pesimista, me parecería ir en contra de la ética sencillamente, el buscar fórmulas de avivar o de acicatar el optimismo o el pesimismo no entra en mi manera de pensar ni en mi manera de actuar, pero sí quiero decir una cosa, en estos momentos ese mundo y esos enfrentamientos con Occidente están quizá en la situación más grave de todas, y cuando digo en la situación más grave de todas incluyo el hecho colonial también. En una situación, además, en la que el ejemplo máximo y más representativo de esa confrontación, de ese encuentro con Occidente, está en una circunstancia especialmente trágica, también; la situación en Palestina e Israel, la confrontación palestino-israelí. Uno no acaba de entender, y sé que este error lo han cometido grandes personajes políticos occidentales, porque desde Occidente no se ve y se acepta también que lo que está pasando en este mundo nos afecta a todos, que las prácticas neocolonialistas ya no son posibles, que las aventuras neocolonialistas no son posibles, que pueden producir una victoria militar circunstancial y una expansión económica o un beneficio económico circunstancial también, pero nunca son solución garantizada y solución permanente. Todo eso ha pasado, todo eso no tiene sentido en el mundo actual. Y nos tenemos que dar cuenta y aceptar que esa confrontación que vive uno de sus momentos más dramáticos puede terminar en un caos absoluto y no quiero ser alarmista. Entre otras cosas, pues porque tengo nietos, por algo tan sencillo como eso, aparte de mi familia, de mis hijos, de mis amigos, porque tengo nietos y, claro, uno no quiere ser alarmista pero uno tiene que ver la realidad también. Si no nos convencemos de que entre todos tenemos que terminar con esa posibilidad de caos, que las civilizaciones no deben chocar sino tratar de completarse, si no nos convencemos de eso, desde luego, yo personalmente seguiré intentando siempre llevar ese mensaje, pienso que, de verdad, el futuro va a ser un poco oscuro y, en consecuencia, para hacerlo debemos tratar de ir en sentido contrario y debemos tratar de luchar contra esa corriente. Nada más. Gracias.